

chorreras



Manuel Palazón Blasco

**Creative Commons Atribución/Reconocimiento-CompartirIgual 4.0
Licencia Pública Internacional – CC BY-SA 4.0**

Laetoli



eructó el volcán Sadimán,
la ceniza cubrió el suelo, llovió
luego,
pasaron
unos
que adelantaban
algo
al hombre,
que eran
ya,
un poco,
nosotros,
homininos de “caboteta de misto” con querencia
hacia los árboles,
los primeros que andaban siempre
de pie,
de la gente
de Lucy,

vino una lluvia
fina,
segunda vez
regurgitaba
la montaña
mágica
y la arenilla de su digestión caía sobre las huellas, sellándolas
para siempre

casi,
casi:
la erosión fue descalzándolas despacísimo,
durante tres millones setecientos mil años,
hasta que en 1976 Mary Leakey,
con su corro de arqueólogos,
tropezó (a la letra) con ellas

éstas, que llaman
icnitas,
en Laetoli,
un yacimiento de Tanzania,
registran el paseo (¡sería
maravillado,
lleno de miedo!)
de nuestros tatarabuelos

desde ellas pueden contarse
todos los cuentos que nos dicen,
o que fabrican lo que somos, esto era
y no era

Adán y Eva

comieron del Árbol de la Ciencia, y aprendieron mucho, eso,
eso,
y Yahvé los echó del jardín del Edén,
y puso de porteros querubines,
y una espada de fuego,
que ningún hombre pudiese entrar y comer
también
del Árbol de la Vida

(*Génesis*, III)

era la tarde del viernes
segundo
del mundo,
y llovía,
y en el barro
nuevo
de la puerta del huerto
permanecerán,
hasta la Segunda Venida del Cristo,
las huellas
pijas
de los botines *Donatelli* de Adán,
de las sandalias de tacón *Georgia Rose*
de Eva,
los calzados que los marcan, para siempre,
desde su caída (desde que nos perdieron), como chico
y chica

escampaba

había llovido mucho, mucho, y bajaron del Arca Noé
y su mujer, Naamá, la hija de Henoc,
el primer hombre que, porque anduvo con Yahvéh,
no se terminó,
Sem, Cam y Jafet, con sus esposas,
y los machos y hembras “de toda carne”

debajo de las nieves perpetuas de las cumbres del monte
Ararat, debajo
de la lava y la tefra (los ronquidos del volcán dormido),
en el barro
segundo,
la madera de la estupenda barca que sobrenadó las aguas,
el juego de estelas de los pasos mareados,
inseguros,
atropellados
de las criaturas que empezaron
otra vez
el mundo¹

¹ Génesis, VI – VIII; *Adamschriften* [Los papeles de Adán: apócrifo gnóstico armenio], XXXIX; *Sepher Hayashar*, o *Toledot Adam* [Generaciones de Adán], XVI – XVII.

lo de Lot

en las afueras de Sodoma, en el camino de Soar, el suelo
de cristal
de azufre
guarda
una mujer
de sal (¡la curiosidad!),
y las huellas tristes
y aliviadas
de las sandalias de un viejo justo
y de sus dos hijas
gamberrass²

² Génesis, XVIII, 16 – XIX, 26.

Elías aupado

el romero debe andar sus jornadas, salir
de Guilgal, al norte de Betel,
seguir hacia Jericó,
buscar el Jordán,
cruzarlo
luego

en el barro antiguo,
quemado,
de la otra orilla
encontrará las huellas de las pezuñas de los caballos
terribles,
el roderón del carro maravilloso que subió a Elías a los cielos,
la sombra del manto que recogió Eliseo, la estela
de las dos partes poderosísimas de su espíritu (las heredaba
también
su pupilo,
su mayor)³

³ 2 Reyes, II, 1 – 14.

final (casi) de Arturo

una playa del poniente de la Bretaña Mayor, frontera
de Avalón,
guarda las melancólicas huellas
de los zapatos herrados del rey Arturo herido
de muerte,
de los pies descalzos,
delicadísimos, de las nueve magas médicas que lo recogieron,
y repiten, las aguas que cruzan hasta la Isla de las Pomás,
la estela de su barca
penúltima

12 de octubre de 1492

tres bajeles armados montaron una playa
fácil
de “una isleta de los lucayos, que se llamava
en lengua de indios
Guanahani”,
y bautizaron San Salvador,
dejaban en la orilla,
para señalar el descubrimiento de aquel mundo que les parecía
nuevo
y se iba a acabar,
los carriles de sus espolones,
y,
en las arenas
segundas,
las huellas de las botas de aquellos barbados que parecieron
gente
del cielo (¿o bajarían
caballeros?),
las hozaduras de los mástiles de la bandera con las iniciales
de sus reyes,
del palo
santo
y católico

(Cristóbal Colón, *Diario del primer viaje*)

Little Boy

bajó un *Niño Pequeño*, el hijo bastardo,
peor,
de *Enola Gay* (¡la pájara!),
silbando,
gamberro,
a romper Hiroshima, trasteó un rato
y dibujó en los suelos
y en los muros de la ciudad
graffiti horrorosos, en blanco y negro, las sombras
nucleares
de sus muertos

muladar selenita

¡andar
la luna!

en el Mar de la Tranquilidad, en el Océano
de las Tormentas,
en Fra Mauro,
en la Rima Hadley,
en las Llanuras de Descartes, en el Valle
de Taurus-Littrow,
bajaron
de sus *Apolos*
numerados
doce astronautas,
paseaban y recogían pedacitos
de luna,
tantos que, para que la nave pudiera auparse
luego,
antes de entrarse en ella tenían que soltar lastre, y se quitaban
las botas

los doce pares de zapatones, dejados aquí
y allá,
muy estropeados por las temperaturas
contradictorias,
hacen,
con otros trastos,
la basura
lunar

índice

chorreras

- Laetoli...**3**
- Adán y Eva...**5**
- escampaba...**6**
- lo de Lot...**7**
- Elías aupado...**8**
- final (casi) de Arturo...**9**
- 12 de octubre de 1492...**10**
- *Little Boy*...**11**
- muladar selenita...**12**